

Capítulo 6 - Luces Pálidas

“Unirse a la corte de gatos,” tarareó Tristan, “es una tarea sencilla.”

Había exactamente cuarenta y dos personas en el Antiguo Teatro, excluyéndose a sí mismo y a Tredegar. De esas, diez eran sirvientes, que sospechaba no contarían como personas para muchos de los invitados en sus elegantes capas negras conversando bajo los pabellones. Los invitados los revisaría más tarde, pues valía la pena distinguir a los fuertes de los débiles, pero Tristan ya podía percibir que los sirvientes eran un hilo del cual valía la pena tirar.

Ninguno llevaba librea, por lo que no estaban en servicio de nobles. Tampoco vestían de negro, por lo que no debían ser de la Guardia — a menos que actualmente no tuvieran turno y buscaran ganar algunas monedas extra sirviendo a los estudiantes. La mayoría de las capas negras probablemente se negarían, pensó, ofendidas en su orgullo por recibir órdenes de niños ricos, pero en una guarnición del tamaño necesario para mantener Port Allazei, habría al menos veinte dispuestos a aguantar esas molestias por el dinero.

Pero eso no podía ser, porque ser sirviente era una cosa, pero cocinar otra muy distinta. Esa comida, esas bebidas, tenían que provenir de algún lugar. Los soldados con trabajos paralelos no podrían organizar una noche como esta ni siquiera si lo intentaran. Y tampoco habrían tenido demasiado tiempo para organizarlo, porque ¿por qué habrían de intentarlo antes de que llegaran los estudiantes y surgiera la oportunidad? Scholomance había estado clausurada durante siglos.

El ladrón seguía con la vista a esas mujeres y hombres bien vestidos, inclinándose en la sombra de un árbol iluminado por Orrery. Abajo, Tredegar realizaba el círculo en la última ronda intercambiando saludos con los invitados. Tristan arrancó una rosa silvestre y desgranó los pétalos uno a uno, Fortuna divirtiéndose con alternar entre “te odia” y “no te ama”. Tristan todavía no lograba ver quién conducía a los sirvientes, pero ya sentía que esto no era una banda improvisada.

Una mujer rubia tras el pabellón contaba botellas al salir de los palets, llevando un registro y dando instrucciones sobre la cantidad que debían llenar las copas. Los dos hombres aztecas, delgados, junto a la comida— ¿hermanos quizás? — no solo cortaban y pasaban pasteles de paloma y bollos, sino que vigilaban si las chuletas a la parrilla todavía estaban calientes. No era la primera vez que organizaban un festejo así.

¿Y qué demonios hacían los sirvientes entrenados sin un amo visible en Tolomontera?

“Te odio,” exclamó Fortuna alegremente mientras arrancaba el último pétalo.

Se sacudió el vestido impecable y, ahora sí, comenzó a prestar atención a su entorno.

“El anfitrión ha notado a tu Pereduri,” señaló. “¿Y por qué nos escondemos aquí arriba? Tú deberías estar abajo, encantando a la gente con mi ingenio.”

La mirada de Tristan se desplazó hacia la pequeña sirvienta someshwari que retiraba el manto de una de las invitadas— una mujer de cabello oscuro, sin mangas en su abrigo, transformándolo en una especie de doblez, y que llevaba una blusa de color vino con mangas enrolladas en capucho, tan larga que sobresalía más allá de la cinturilla como una especie de falda. La moda en la Guardia solo era marginalmente más respetable que la de los nobles.

“Para poder ver quién ha estado esperando la llegada de Angharad Tredegar,” afirmó.

atravesó la multitud, buscando la atención adecuada. No curiosidad superficial ni miradas esquivas, sino, en una palabra, reconocimiento. Alguien allí abajo esperaba a Angharad Tredegar, y no importa lo talentoso que fueras, aún necesitabas mirar para saber si alguien estaba presente. Así que Tristan los buscó a su vez, escudriñando entre los invitados mientras Angharad Tredegar empezaba a conversar con sus anfitriones.

Aburrido, él contó. ¿Aquella pareja presumida? Se estaban burlando de su ropa. Uno prometía algo, él—ah, no, era el trasero y las piernas de Tredegar en los que el hombre seguía fijándose. Sexo, por supuesto. Pero aquel hombre de Someshwari con los lentes de bronce en contraste y los brazos saltones, que discretamente escribía en un cuaderno, ese sí que era un sospechoso. Miraba tanto a los anfitriones como a Tredegar, pero valía la pena investigar. Una segunda pasada no le reveló a nadie más, desgraciadamente, aunque—huh, ¿cuánto tiempo había estado comiendo esa gamba Malani?

La que llevaba un cinturón de cuentas de colores y brazaletes dorados en los brazos. Había tres grandes gambas cathayas en el recipiente de bronce que le habían entregado, y sólo una había sido comida; las otras seguían mordisqueándose en un ángulo que justo le permitía estudiar discretamente a Tredegar. Y tras un instante, la Malani dirigió una mirada hacia él—sorprendida. Él apenas alcanzó a agacharse detrás del árbol a tiempo.

“Contrato,” dijo Fortuna, confirmando su primera sospecha. “Y con un bastardo laspardo, además. Está buscándome.”

“¿Puede encontrarte?” susurró Tristan alarmado.

“Como si,” resopló ella. “Hay tantos dioses aquí que sería como escoger un pez de un charco de tetas.”

Aunque en su día Tristan Abrascal había pasado dos meses trabajando en un burdel, nunca había visto un ‘charco de tetas’ y se consideraba afortunado en ese aspecto. Suena espantoso. Sin embargo, sabiendo que reaccionar solo alentaría a la diosa, ignoró esas palabras más allá de la información útil que transmitían.

“¿Ella sigue mirando?” preguntó.

Fortuna tarareó, acomodándose la manga.

“No, pero creo que está vigilando las escaleras,” respondió.

Así que la Malani seguía intentando descubrir quién la había estado observando. Espía, decidió Tristan. O al menos alguien con entrenamiento en la materia. Quizá había encontrado a su primer compañero en Krypteia.

“Es bueno saber que nunca pensé usarlos,” dijo Tristan.

Los pabellones no llenaban toda la ronda en cada nivel, más bien ocupaban aproximadamente dos tercios, lo cual tenía sentido si esto había sido un antiguo teatro. Nadie quería ver una obra desde asientos situados detrás de los actores. Tristan retrocedió hasta el extremo opuesto de la ronda en la que estaba, manteniéndose alejado de la luz de la antorcha y evitando mirar nunca en dirección al contratista, hasta que llegó al borde justo en la escalera que conducía hacia arriba.

Allí tuvo que escabullirse tras el pabellón donde todavía esperaba el encargado con el libro de visitas, pero el Lierganense parecía abatido y medio dormido. En un momento hubo un muro que impedía el paso, pero hacía mucho que se había derrumbado, y al asomarse Tristan vio que debajo había un rincón de arbustos y hierba, pero también algo más: tres letrinas de madera. Había faroles verdes a su lado, tal vez para marcar su ubicación.

El ladrón revisó si había alguien cerca y, al no detectar a nadie, aprovechó la oportunidad. Se deslizó sobre el techo de la letrina de la izquierda y luego saltó a una maraña de arbustos, produciendo solo suaves sonidos. Resultó estar más espinoso de lo que anticipaba, pero su capa y abrigo de Vigilancia eran afortunadamente gruesos, y la tela difícil de rasgar. Buena calidad, pensó Tristan mientras rodaba y comenzaba a limpiar las hojas y ramitas. Enderezó el cuello de su ropa y salió con calma, observando el diseño del lugar.

La fiesta tenía una disposición bastante sencilla: palco, mesas de comida, mesas de bebidas y un abundante ritmo de conversación entre príncipes. Nada difícil de recorrer; la clave sería colocarse de manera que pudiese mantener un ojo en Tredegar y en las figuras en juego sin que fuera demasiado evidente. Tristan empezó a mirar las mesas de comida con cierta especulación, preguntándose si habría tiempo para una empanada de paloma o alguna de esas—¿eh, esas milanesas eran de carne de vaca? Sin duda, olían a ello.

Eso no podía ser correcto, sin embargo.

“¡Dios durmiente, no puedo haber bebido tanto vino!”

La mirada del ladrón se apartó de las milanesas y se dirigió hacia la fuente de una voz familiar. Zenzele Duma lucía mucho más saludable que la última vez que Tristan lo había visto; el ojo que había perdido en Cantica ahora estaba reemplazado por uno falso del mismo color que el de Tupoc Xical. Bonito. Malani sin duda tenía talento para la venganza teatral. El joven noble llevaba el uniforme formal, ajustado a su figura y con algunas correas de oro adornando los hombros.

El sargento Andrés no los había proporcionado, por lo que debía haber otras tiendas de telas en el puerto. Otro indicio de que los sirvientes allí no eran guardias.

“¿Tristan?”, preguntó Zenzele Duma. “¿Eres tú?”

“Zenzele”, respondió el ladrón, y luego le hizo una señal para que se acercara.

El malani, preocupado, se inclinó hacia él.

“¿No sabrías, acaso”, preguntó Tristan, “de qué lugar provienen esas milanesas a la parrilla?”

“Yo”, empezó Zenzele, sorprendido, y luego se detuvo. “¿No?”

“Qué pena”, murmuró el ladrón, levantando una ceja. “Ni siquiera si tú, ya sabes...”

Hizo un gesto vago, insinuando un contrato sin mencionar nada en concreto.

“No creo que exista alguien en toda Vesper que tenga un interés tan profundo en las milanesas de carne de vaca como para que eso funcione”, respondió el joven noble.

Tristan vio que luchaba por contener una sonrisa, lo cual era justo, pero también dejaba claro que no era ese el punto. Esas milanesas eran de carne de vaca, no de cerdo. Los cerdos y pollos se podían criar en un lugar en ruinas como Port Allazei—prácticamente hablando, el Murk era un despojo y ambos estaban allí en abundancia—pero las vacas necesitaban tierras de pastoreo, y esas milanesas olían a frescas. La carne podría importarse, por supuesto, pero ¿qué costo implicaría en una isla cerrada a los barcos de comercio?

No, lo más probable era que otra parte de Tolomontera estuviera habitada. Algún lugar con tierra adecuada para el ganado que también fuera fácilmente defendible, porque seguramente en la isla habría monstruos bastante peligrosos, y la Guardia no arriesgaría su guarnición por leche y carne frescas. Podrían haber obtenido ambos de cabras sin tanto problema. Si es que la Guardia está detrás de esto, en absoluto. ¿Habría alguna colonia allá afuera, otra Cantica? Con suerte, con menos esclavos y demonios esta vez.

Tendría que investigarlo. Hasta entonces, mejor distraer a Zenzele.

“Pensaba que Malani estaban obsesionados con el ganado”, dijo Tristan. “¿No deriva el nombre de su moneda de...”

“Las palabras suenan parecido, pero no tienen la misma raíz”, respondió Zenzele con frialdad.

“Evidentemente, estás intentando distraerme”.

Entonces, aún de forma incómodamente perceptiva. Eso seguía siendo una molestia, pero no por ello dejaba de serlo. Una pausa, y luego el malani se acercó más y bajó la voz.

“¿Te convidaron siquiera?” preguntó el noble en susurro.

No parecía preocupado ni irritado, sino escandalosamente ansioso. El ladrón no rechazó darle una pista.

“El mundo es una invitación, Zenzele”, respondió Tristan con aire despreocupado. “Aunque, si me permites, tengo que atender algo”.

Si pensaba esconderse durante toda la noche y marcharse temprano, sería mejor que se sirviera primero una comida. Los labios de Zenzele temblaban levemente mientras saludaba con la mano al hombre, recibiendo una inclinación en respuesta. Manteniéndose en los márgenes de la multitud, evitando algo más elaborado que unos gestos de asentimiento y sonrisas, Tristan buscó con la mirada tanto al Someshwari con gafas como a la Malani con el cinturón de cuentas.

El primero estaba junto a una pequeña mesa en el jardín, vacilando en sus intentos de simular que comía unas croquetas mientras trataba de escribir discretamente en su cuaderno. Aún mantenía la vista en Tredegar, pero el hecho de que acabara de dejar caer accidentalmente la misma croqueta sobre una página por segunda vez hizo que el Sacromontano reconsiderara qué tan peligroso podría ser.

Ese cuaderno no debería estar lleno de dibujitos soñadores de Angharad, o Tristan tendría que partirlle las piernas —por perder el tiempo, si no por otra cosa.

En cuanto a la Malani, le llevó más tiempo encontrarla. La thölfi nada sabía, pero ella se encontraba, por lo que pudo observar, en una posición similar a la suya: en el borde, mirando hacia adentro. Se obligó a mirar más allá de ella, para que su presencia no lo llamara de nuevo, y luego se sirvió la comida en el plato más cercano para justificar su permanencia. Era un recipiente de bronce con tres langostas pardas, largas y gruesas como un dedo, marinadas en una salsa rojiza.

Había elegido un lugar tan favorable que sin darse cuenta se había acoplado allí. Sin duda, ella era sospechosa. Tristan probó una mordida de la langosta y encontró su sabor extrañamente azucarado. Hasta que las especias comenzaron a actuar, un instante después, y su boca se incendió. ¡Dioses! Era más picante que el chorizo del Casco Viejo. Como si estuviera comiendo una antorcha que, además, no quería apagarse. Devolvió la langosta y tosió discretamente en su puño.

Fortuna, al ver la expresión en su rostro, empezó a reírse a carcajadas.

“Pareces estar tragando brasas ardientes,” dijo ella. “Empieza a moverte un poco, y podría parecer una forma nueva de bailar. Uno, dos, tres, cuatro, hacia la izquierda y—”

“¿Una copa de agua, señor?”

Ni siquiera había notado la cercanía del hombre que se acercaba con una bandeja de copas, distraído por un hyena intangible y por los propios fuegos del infierno que, tontamente, había dejado entrar en su boca. Inmediatamente pensó en Lierganen, un hombre en sus primeros treinta, con cabello rizado de color marrón y ojos azules, en forma, pero sin mucha musculatura, con callos en las manos por el trabajo, pero no por el trabajo mortal. El ladrón sonrió con esfuerzo, tosiendo otra vez.

“Por favor,” consiguió decir.

Tomó lentamente la copa ofrecida, disfrutando de un alivio misericordioso.

“Quizá me haya salvado la vida,” dijo en serio.

“Todo en un día más de trabajo,” respondió el otro hombre.

Al echarle otra mirada, ya que ya no estaba al borde de la muerte, Tristan observó lo que no había visto en la primera pasada: círculos alrededor de los ojos del desconocido, solo parcialmente ocultos por maquillaje en polvo, y el borde de un tatuaje bajo la manga izquierda del hombre. Tristan no pudo distinguirlo completamente, pero pudo inferir algo basándose en lo que vio. Tinta verde, un caballo alzando vuelo y un jinete sosteniendo lo que parecía una espada—los brazos de la antigua Saraya, un tatuaje común entre sus marineros.

El hombre no parecía un marinero, pero quizás esa fuera una práctica habitual en la región, y el ladrón solamente había conocido a Sarayan que eran marineros. De cualquier modo, la conversación era un buen gancho para empezar a indagar con uno de los sirvientes, ya que era la mejor oportunidad que tenía. La empatía, decidió, sería la mejor línea de apertura.

— Pareces alguien cuyo turno ha durado demasiado, quizás seis horas de más —notó Tristan.

El hombre resopló.

— Pronto serán diez —dijo, levantando una ceja—. ¿Sacromonte?

Tristan reconoció ese acento, la manera de suavizar la z en s, y eso confirmaba la pista que entregaba el tatuaje.

— Nací y crecí allí —dijo el ladrón—. Si no fallo, tú eres sarayano.

— De la mismísima Reina de las Ciudades —añadió con orgullo.

No es que alguien más aparte de los habitantes de la Vieja Saraya siguiera llamando así a su capital. Cuando se rompió el Gran Canal en el Siglo de las Coronas, la ciudad construida en uno de sus extremos se marchitó. Hoy en día, los Malani han tomado las tierras en el otro extremo y en ocasiones hacen ruido por vaciar el canal, pero como Sacromonte está dispuesto a iniciar guerra por el asunto, nada llega a concretarse. Los Seis han pasado siglos desprestigiando a sus rivales sarayanos, no tolerarían un resurgir.

— Estás lejos de casa —dijo Tristan, bebiendo lo que quedaba en su taza.

El sarayano lo pidió en silencio y lo dejó en el borde de su bandeja.

— No tanto como tú —resopló el hombre—. Aunque entiendo tu intención; esto está un poco más retirado que las Islas Reales.

Ah, sarayanos. Siglos después de que su imperio insular se convirtiera en polvo, aún llaman a las cadenas insulares cercanas a su costa las Islas Reales. La Vieja Saraya ya no es ni siquiera un reino, pero si los escuchas, pensarías que la Segunda República ha vuelto.

— Estos últimos años han sido muy raros —admitió el hombre, ofreciéndole la mano para estrecharla—. Arnau.

— Ferrando —contestó Tristan sin dudar, apretando la mano.

Fue simplemente el primer nombre que le vino a la mente. Pero ahora que lo dijo... sería una tontería, pero la idea era demasiado deliciosa para resistirse.

— Ferrando Villazar —sonrió triunfante el ladrón.

Si Ferranda atacara con esa espada, solo le quedaría intercambiar información por misericordia.

— Encantado de conocerte —respondió Arnau, frotándose el puente de la nariz con un suspiro.

—¿Debería dejarte descansar? —preguntó Tristan.

Usar a los cansados para obtener información siempre era una apuesta incierta, y aún no estaba tan apretado por el tiempo como para continuar sin descanso.

— Por favor, no —dijo el hombre—. Mientras hable con un huésped, no me molestarán por no recorrer el lugar.

—¿Una jefa dura? —preguntó con calma.

— Nos ha hecho trabajar como esclavos —gruñó Arnau—. Piensa que una noche de éxito hará que todos esos pequeños agentes de la Watch sigan contratándonos todo el año.

Por la expresión, Tristan notó que no era guardia. Tal como había pensado, los sirvientes no vestían capa negra. Y parecían manejar su propio negocio. ¿Permitía la Watch que otros tengan derechos sobre sus propiedades en la isla? Era extraño.

— Sin intención de ofender —añadió apresuradamente el sarayano—. Simplemente no parezco...

— Fui traído aquí por culpa de uno de esos pequeños agentes de la Watch, no te preocupes —sonrió Tristan, dejando que su expresión se tornara más ligera—. Y no eres el único trabajando. Se supone que debo averiguar dos nombres, pero honestamente no tengo idea de cómo hacerlo.

Una mentira, pero los sirvientes siempre saben más de lo que muestran. Si Arnau podía dejarle obtener respuestas sin que reconozcan su rostro, Tristan preferiría esa estrategia.

— Pruébame —dijo Arnau—. ¿Cuáles dos?

Ah, una provocación. La mano de Tristan salió de bajo la capa, señalando discretamente a la Someshwari con sus gafas finas.

—Ni idea—admitió Sarayan—¿El segundo?

Ahora señalaba al Malani con el cinturón de cuentas de colores y las pulseras doradas.

—Capitán Imani Langa—dijo Arnau de inmediato—. Decimoséptima Brigada.

—Eso fue rápido—comentó Tristan, sin ocultar su sorpresa.

—Ella es capitán de uno de los bolsillos de dinero que nos contrató—explicó el hombre—. Ha pasado por aquí una o dos veces, y Jinjing nos dijo que la tratáramos como a una reina.

Jinjing era, suponía Tristan, su líder. La que apretaba las tuercas a su tripulación. ¿Por qué esa sed de oro, se preguntaba? Podría ser simple avaricia, pero Tolomontera seguramente no era lugar que ninguna mujer con cierta inteligencia considerara un paraíso de riqueza fácil. Quizá existía algún tipo de acuerdo con la Guardia, una renta o un porcentaje.

—Eso hace uno—dijo el ladrón con alegría—. Muchas gracias, Arnau.

—Todo está en el Círculo—dijo el hombre, dejando pasar.—Además, nosotros y—

—el resto—, finalizó Tristan.

Nosotros y el resto. La famosa respuesta del emperador Viterico a la reina azteca que lo llamó loco por declararle la guerra por la muerte de una simple sirvienta. Ella era littergá, replicó Viterico. Nosotros estamos aquí, y el resto allá afuera. La más baja de Lierganen incluso sobrepasaba a los reyes más poderosos allá al otro lado del agua. En un tiempo, esa había sido la soberbia del imperio, el destino manifiesto del Segundo Imperio, que clamaba por la conquista. Pero tras su caída, cuando provincias enteras fueron engullidas por la oscuridad y los reinos sometidos se independizaron para anexionar nuevos territorios, el significado cambió.

Nosotros y el resto, todavía decían los hombres, pero ahora en señal de solidaridad. Las últimas criaturas de Liergan, herederos empobrecidos del gran imperio que unió Vesper, y aunque eran una tribu que disputaba y gritaba entre sí, compartían raíz y sangre. Primos o extranjeros, eso significaban las palabras hoy en día. Tristan percibía el peso de ese sueño, de esa herencia común, pero había aprendido a ser más sabio.

—Los hombres hacen toda clase de locuras por un imperio, incluso uno muerto—se había reído Abuela—. ¿Dónde estaba ese amor fraternal cuando Sacromonte buscaba dominar las olas? Cuando Saraya intentaba unir a los Chelae o las Duquesas quemaban cada puerto que no ondeaba su bandera. Ese clavo poderoso clavado en sus banderas y que todavía ondean, porque saben que los hombres cortarían su propia mano por ella y lo llamarían patriotismo.

Así que no, Tristan no había comprado la mentira. Pero tampoco era superior a usarla, ni en la menor medida, ni en intención de fomentarla. deslizó un par de cobre en la palma de Arnau bajo la bandeja. Ni siquiera pretendió rechazarlos antes de esconderlos.

—No debiste hacerlo—dijo el sirviente con resignación, como de rutina.

—Todo está en el Círculo—repitió Tristan con una encogida de hombros.

Arnau vaciló.

—Si estás usando las monedas de otra persona—dijo—, quizás haya forma de conseguir ese otro nombre.

El ladrón se inclinó, con cuidado de no parecer demasiado ansioso.

—Estenan fuera delantera, el hombre del libro de invitados—dijo Sarayan—. Él es el encargado de recordar todos los nombres y rostros. Pero pedirá plata, eso seguro. Solía ser el sirviente de un noble, tiene ideas.

Tristan no tenía, por desgracia, monedas de plata para gastar. Incluso empezaba a quedarse sin cobre; solo le quedaban cinco, y la cocinera había pagado en su mayoría las botas del sargento que se habían rasgado con cecina de oveja—pero valía la pena intentarlo, de todos modos. Agradeció a Arnau y discretamente se deshizo de las gambas del Lightbringer, considerando cómo sería mejor acercarse a ese Estevan.

—Esta es una velada en honor a una distinguida compañía, Zenzele Duma — señaló una voz—. ¿Con qué derecho asistes?

Algún noble Malani alzó la voz en un arrebató de ira, lo cual a Tristan le habría sido completamente indiferente si no involucrara a un conocido. Y en efecto, así era, a menos que hubiera otro Zenzele presente. Como el joven noble Malani no era un aliado, Tristan solo se habría preocupado marginalmente por la situación, pero, por supuesto, no podía ser tan simple. Junto a Zenzele y Ferranda —quién, al fin, había logrado llegar, bien por ella—, se encontraba Angharad Tredegar.

Su compatriota cabalista mostraba una ligera expresión de desaprobación, la cual, en ella, podía significar desde una advertencia por hablar fuera de turno hasta la inminencia de un duelo mortal. Maldición, ¿debería implicarse?

No, estaba viendo las cosas de manera equivocada. Tredegar no estaba fuera de su elemento, sino en el fondo de su dominio. ¿Para qué había sido entrenada, si no para jugar por honor y apuñalamientos rituales? Ni siquiera tenía que preocuparse de que ella se excediera en una pelea; los Pereduri se ceñirían estrictamente a la letra de su palabra. Ella era como un tiburón en sus aguas natales, en ese preciso instante, y él, una simple rata sobre una tabla, tratando de enseñarle a nadar.

Esto no era un problema, sino una oportunidad.

Zenzele y el noble quejoso se enzarzaron en un enfrentamiento público, atraído las miradas de todos. Los invitados se prepararon para el espectáculo; algunos de ellos se acercaron al primer círculo para observar como si fuera una obra teatral puesta solo para ellos, y esa era una excelente coartada para progresar. Tristan subió con un par de acompañantes que conversaban entusiastas, se deslizó hacia el jardín y retrocedió hacia el pequeño pabellón donde Estevan lo esperaba con el libro de invitados.

Pero resultó que no era el único que había tenido esa idea.

Un alto Tianxi conversaba con tono irritado con el recepcionista, una vista lo suficientemente interesante como para que Tristan se acercara sigiloso y se metiera en un arbusto para escuchar mejor.

—¿Tres árboles? — decía el Tianxi—. Eso es absurdo. Solo pido un nombre, no la llave de la habitación de tu hermana.

—Estaba dispuesto a negociar por dos —respondió Estevan con dureza—, pero por ese comentario el precio será completo. Paga o vámonos, no discutiré más.

El Tianxi, alto y de hombros anchos, pero no muy musculoso —¿quizá no era un luchador?—, parecía furioso y trató de argumentar, pero el sirviente permanecía impassible. Durante todo el intercambio, el Tianxi lanzaba maldiciones, pagó y Tristan se inclinó curiosamente para escuchar qué había valido aquel precio.

—Su invitado se llama Tristan Abrascal —dijo Estevan—. Ojos grises, pelo castaño oscuro, mide alrededor de cinco pies nueve pulgadas. Delgado, pero no enfermizo. Lleva ropa de combate, tiene un cuchillo en la mano y algo más sujeto a su pierna.

El ladrón quedó inmóvil en los arbustos, viendo cómo una chispa de triunfo iluminaba los ojos del Tianxi. Esa parecía ser la razón por la que el otro hombre lo buscaba. Bueno, parecía que había sido descubierto, y mejor aún, que también lo habían encontrado a él.

El ladrón permaneció entre los arbustos hasta que el Tianxi se fue, mientras el sirviente se burlaba de su espalda y murmuraba algo probablemente desagradable, ponderando sus opciones. La amenaza a su cuello ahora era inminente, pero eso siempre había sido previsible. Solo que el momento era incómodamente inoportuno. A lo lejos, abajo, se escuchaban gritos y algo que parecía la voz de Tredegar.

Ah, ella definitivamente iba a dejar en ridículo a la despectiva Malani. Tristan tendría que aprenderse su nombre y brigada en caso de que esto volviera a perseguirlos. Sin embargo, dado que Tredegar era tan emprendedor en riscarse en peligros, debería honrar el espíritu de su compañía y actuar con la misma valentía. Deslizándose entre los arbustos bajo la mirada atónita del guardián, Tristan se levantó y sacudió las hojas de su capa mientras le ofrecía una sonrisa dura.

“Buenas tardes, Estevan,” dijo. “Tengo algunas preguntas para ti.”

El hombre bien arreglado se quedó inmóvil por un segundo al darse cuenta de que acababa de ser descubierto vendiendo información sobre alguien por esa misma persona. Su rostro se cerró de inmediato, y se enderezó con dignidad.

“Maestro Abrascal,” dijo, “¿En qué puedo ayudarte?”

“Oh, Estevan, en muchas cosas,” respondió Tristan con entusiasmo. “Y lo harás, o me dirijo directamente al oficial de la Guardia más cercano para contarle que participaste en el intento de secuestro de uncloak.”

Su rostro no siquiera sufrió un movimiento, pero sus ojos se dilataron.

“Dudosamente,” afirmó, con tono confiado. “El hombre con quien hice negocios—”

“Es Guardia,” interrumpió Tristan. “Recibirá una reprimenda, y nada más. Pero lleva ropa negra, amigo mío. No puedo dejar de notar que tú no. ¿Crees que eso te favorecerá?”

En honor a su valentía, el otro no mostró ni un atisbo de miedo ante una amenaza tan concreta. Sin embargo, Tristan decidió que sí le temía, y sus próximas palabras lo delataron.

“¿Qué quieres, Abrascal?” escapó de sus labios, con tono cortante.

“Dos nombres,” dijo, “y sus correspondientes brigadas.”

Estevan no dijo nada, pero hizo un gesto irritado como para indicarle que siguiera.

“El Tianxi que te preguntó por mí,” dijo el ladrón.

“Capitán Tengfei Pan, Cuadragésimo Noveno Regimiento,” contestó Estevan, con tono firme.

El ladrón guardó esa información en la memoria. ¿El Cuadragésimo Noveno, quizás? Debía ser un recién llegado.

“Un someshwari con gafas de alambre de bronce y brazos enormes,” prosiguió Tristan.

Estevan no respondió, solo lo observaba con expectación.

“Estoy esperando,” le recordó el ladrón.

“Y seguirás esperando,” dijo Estevan, “hasta que me pagues dos arboles. Un nombre por un nombre, Abrascal. Lo que pidas más, te cuesta,”

Tristan tarareó pensativo. Podía haber repetido la amenaza, pero había la posibilidad de que el hombre lo desafiara y, en realidad, no necesitaba irse solo para cumplirla. Afortunadamente, Estevan le había brindado otra palanca sin darse cuenta.

“Soy un hombre generoso, amigo mío,” sonrió el ladrón. “Incluso te pagaré tres.”

Con una expresión de cautela, Estevan frunció el ceño.

“Pagas por adelantado,” exigió.

“Ya lo hice,” dijo Tristan. “Te doy tres arboles por no informarle a Jinjing que aceptas sobornos aparte. De alguna forma, deduzco que no la incluyes en esas jugosas comisiones, ¿verdad?”

Por la expresión agria en el rostro de Estevan, no era así. El hombre escupió a un lado, hacia el mismo arbusto del que Tristan acababa de salir. Justo. Lo estaban robando de una sobrada propina.

“Adarsh Hebbar,” dijo el guardián. “Aún no está en una brigada.”

“Vamos, ahora,” imploró Tristan. “¿Una carta tan escueta por tres arboles? Sería muy injusto, Estevan.”

Estevan parecía a punto de darle un puñetazo en la garganta, pero el ladrón solo sonrió. Le importaba muy poco la ira de un hombre que lo había traicionado y luego intentaba chantajearlo.

—Es Varavedan —balbuceó el receptor—. Sin armas. Y además, es un huésped, no invitado. Entró con Lady Cressida de la Décimonovena.

¿La Novena Brigada, era? Otro posible enemigo por investigar. Tristan comenzaba a sentir cierta simpatía por Song: acumulaban enemigos a un ritmo impresionante. El hecho de que este Adarsh fuera Varavedan era digno de atención, aunque en realidad no le servía de mucho. Varaveda era uno de los reinos más poderosos dentro del Someshwar imperial, pero también era una tierra sin litoral. Tristan nunca había hallado uno y sabía poco de sus costumbres.

El ladrón podría haber presionado a Estevan para obtener más detalles sobre esta Cressida, pero no valdría la pena el esfuerzo ni el tiempo. Era mejor acabar con esto ahora y volver a asuntos más importantes, así que Tristan buscó la mirada del otro hombre y sonrió.

—Nuestros asuntos están saldados —dijo—. Nos separamos aquí.

El hombre lo miró con enojo.

—¿Crees que olvidaré esto, Abrascal?

—Intenta —recomendó Tristan con sinceridad—.

—Tú—

—Me sería un inconveniente —dijo— tener que pasar una tarde matándote sin dejar huellas. Pero debes entender, Estevan, que eso sería todo para mí.

Se acercó más, enfrentando la mirada del hombre de cabello oscuro, y el sirviente retrocedió.

—Un inconveniente —susurró Tristan—.

Sonrió otra vez y el hombre titiritó.

—¿Nos entendemos, compañero?

Estevan tragó saliva, aún más ruidosamente por el silencio que los separaba. En la distancia, se oían risas, algo que divertía a la multitud, pero el ladrón no apartó la vista. El otro hombre asintió, con las manos temblando.

—Que tengan una buena noche, entonces —dijo Tristan y se alejó de él.

Tenía un duelo que observar, aunque sospechaba que no duraría mucho.

—

Una navaja de mantequilla.

Tristan no estaba seguro de poder cortarse mantequilla fría con una de esas, mucho menos con un maestro espadachín malani. Y eso que solo tenía tres rayas, frente a las diez de Angharad. Claro que el ladrón no hubiera apostado por sí mismo contra un espadachín malani novato con tres extremidades en una pelea de espadas. Dado lo emocionados que estaban los invitados tras la humillante victoria y ese Lord Musa Shange —el noveno de la Brigada, eso era —, que él entendió sería un problema, pues su capitán era un cabrón bien conectado con fama de vengativo, no fue difícil que algunos empezaran a hablar.

El reto era hacerlo sin que el capitán del Cuadragésimo Noveno los descubriera, ya que deambulaba por allí, manteniendo cortantes conversaciones con otros mientras sus ojos se perdían en la multitud. Tristan, entretanto, vigilaba a este Adarsh Hebbar. La clave era dejarse ver en los jardines o cerca de uno de los recovecos, luego capitalizar el momento para dar la vuelta, mientras los Tianxis buscaban frenéticamente, y aprovechar también para servirse en un plato y entablar alguna conversación.

No se revelaron secretos importantes, aunque al devorar unas deliciosas chuletas, Tristan se sorprendió al ver cuántas personas estaban agradecidas con Lady Ferranda. O más bien, con la capitana Ferranda Villazur, como ahora la llamaban, de la Trigésima Primera Brigada. Ferranda mantenía buenas relaciones con varios cabales, pues había sugerido que cada dos semanas se convocara un encuentro entre capitanes dispuestos a compartir información sobre los peligros de Port Allazei.

La asistencia era escasa, dedujo Tristan entre líneas, y dudaba que se intercambiaran secretos de gran valor. Pero aquel encuentro había servido para que algunos evitaran topar accidentalmente con partes peligrosas de la ciudad, y por eso ella había ganado agradecimientos. Lemures y lares parecían ser bastante comunes si uno se alejaba lo suficiente de la zona habitada, aprendió Tristan, salvo en la carretera hacia Scholomance, vigilada por patrullas regulares de la Guardia.

El ladrón continuaba usando el nombre de Ferrando, consciente de que el capitán Tengfei lo buscaría bajo otro alias, aunque se abstuvo de emplear el apellido falso. Sin embargo, esa decisión le exponía a ser descubierto, aunque resultara entretenido por un tiempo.

Ese esfuerzo y mantenerse fuera de vista dieron sus frutos; finalmente, el capitán Tengfei perdió la paciencia y se aventuró en los jardines circulares sin haber acordado verlo. Tras algunos minutos, el hombre no regresó, lo cual no era una certeza absoluta, pero permitió a Tristan ganar tiempo para actuar con mayor audacia. Era hora de avanzar, Adarsh, antes de que él también decidiera marcharse. El Varavedan seguía garabateando en su cuaderno junto a la mesa del jardín, con la mirada fija en Angharad y sus recién llegados escoltas.

Ferranda y Zenzele parecían haberse decidido a saldar su deuda con ella por la humillante ejecución pública previa de la reputación de Musa Shange. Una simple cuchilla de mantequilla,

Dios mío. No lo habría creído si no fuera por sus propios ojos. Si alguna vez tuviera que matarla, necesitaría un plan mejor que el veneno, que no funcionó demasiado bien con Brun y Yaretzi.

Tristan también requería el cuaderno de Adarsh, así que necesitaba una distracción. Miró a su alrededor en busca de algo útil y, para su mezcla de sentimientos, parecía que la venganza ardiente de Lucifer podría ser la respuesta. Apartó a uno de los criados que deambulaban y le dijo que Adarsh — al que señalaron discretamente — había preguntado si quedaban gambas cathayanas. No estaban en la mesa, pero la mujer le aseguró que tenían algunas en la parte trasera.

Gracias al profesionalismo de los sirvientes, en apenas un minuto el varavedan recibió un recipiente de bronce con las gambas, quien se mostró sorprendido y formuló una pregunta, pero cuando la sirvienta buscó a Tristan, este ya había desaparecido. Escondiéndose, en realidad, tras una pareja conversando a unos metros, fingiendo estar ebrio y recuperando el aliento. Preparándose para la acción, Tristan observó cómo Adarsh mordía una gamba y... no se incendiaba.

Someshwari, claro, pensó el ladrón, malditos sean. Venden la mitad de las especias que circulan por el mar Trebiano, mientras que la otra mitad se tapan proverbially en todo lo que comen.

Solo sus ojos se agrandaron de placer, devorando las gambas antes de llamar al mismo criado para que regresara. Habitado a Fortunat desde su infancia, Tristan era experto en fingir que una coincidencia total era un plan elaborado, y de inmediato se aprovechó del hueco. Mientras Adarsh dialogaba con el sirviente de espaldas a él, Tristan pasó discretamente por detrás, con el rostro en una posición que impedía que el sirviente lo viera.

Tomó el cuaderno de la mesa y desapareció presurosamente en la multitud. Salió al jardín superior, abriendo las páginas una vez fuera de su vista, y frunció el ceño al observar lo que contenían. Solo tres páginas estaban en uso, cada una titulada con un nombre. Ferranda Villazur en la primera y en la tercera, Angharad Tredegar en la segunda. Debajo, una mezcla de nombres, números y palabras en Samratrava que no podía descifrar.

Los números, en cambio, eran imperiales. Y revelaban mucho: ninguno superior a cincuenta, varios repetidos. Números de brigada. El hombre estaba llevando un registro de quién había hablado con Angharad y Ferranda, aunque parece que no conocía todos los nombres o brigadas. Quizá para completar la información, usaba descripciones físicas en su lengua natal, lo que explicaría las palabras en Samratrava. De cualquier modo, aquello era alarmante.

Adarsh Hebbar había sido claramente enviado a vigilar a esas dos, y aunque no tenía sutileza alguna, había obtenido bastantes datos valiosos.

Desde lo alto del jardín circular, Tristan tenía una vista clara del Varavedan al percatarse de que su cuaderno había desaparecido, pero en lugar de enfadarse o hacer una rabieta, se sorprendió al ver a Adarsh pálido. El hombre buscaba frenéticamente por todas partes y, al no encontrar nada, giró rápidamente hacia el círculo del jardín. Tristan compró que no buscaba al culpable, sino que se preparaba para marcharse. Eso complicaba las cosas.

Luego, ocultándose, Adarsh pasó junto a él, y Tristan arrancó una página del cuaderno para encontrar a Arnau nuevamente. Le pidió prestado carbón para escribir una nota para Angharad, siendo breve—

Imani te ha tenido en la mira desde que conversaste con los anfitriones. Ten cuidado. A Ferranda le gusta, es una buena aliada. Evita a los Cuarenta y Nueve, son enemigos. Estoy siguiendo una pista, no sé cuándo volveré.

Y soltó otra pareja de cospeles para asegurarse de que Arnau la entregara a Angharad sin que ella se diera cuenta. El hombre no mostró ninguna resistencia. Agradeciéndole, Tristan se apresuró tras el escurridizo espía varavedan, manteniendo la distancia sin llamar la atención. Siguió a distancia mientras Adarsh subía hasta las alturas del círculo, donde se cubrió la cabeza con el capucho de su capa y adentró la noche.

Bien, ahora.

Es hora de mantener una conversación agradable con su nuevo amigo.

Revision #1

Created 16 May 2026 10:01:00 by Michael Brown

Updated 16 May 2026 10:01:04 by Michael Brown